

Fernando II de Aragón y el papa Alejandro VI. Relaciones eclesiásticas y diplomáticas en el comienzo de las guerras de Italia*

José María CRUSELLES GÓMEZ
Universitat de València

Las relaciones entre el rey Fernando II de Aragón y el cardenal vicecanciller Rodrigo de Borja, convertido desde 1492 en papa Alejandro VI, constituyen la parte final de un conjunto más extenso de vínculos trabados entre la monarquía y la familia Borja que abarca la práctica totalidad del siglo xv, pues se remonta a los tiempos en que el jurista, eclesiástico y diplomático Alfonso de Borja, que en 1455 accedió al solio de San Pedro con el nombre de Calixto III, entró al servicio de Alfonso V el Magnánimo durante los primeros años del reinado de este.¹ Entre ambos periodos, el de Calixto y el de Alejandro, se produjo un hiato que abarca la práctica totalidad del reinado de Juan II, durante el cual los contactos fueron mucho más limitados. La segunda etapa, que es la que trataremos aquí, comenzó cuando Rodrigo de Borja emprendió en 1472 su viaje a España como legado del papa Sixto IV. Desde ese momento y hasta la elección pontificia de 1492, los tratos entre el vicecanciller de la Iglesia y el rey Fernando pasaron por una fase de fructífera colaboración que, pese a todos los obstáculos y recurrencias, dio un fuerte impulso tanto a la ambiciosa política eclesiástica de la monarquía como a la no menos audaz empresa dinástica borgiana. Después, el inicio del pontificado de Alejandro VI imprimió una mayor complejidad a dichas relaciones, que se extendieron a los intereses diplomáticos de ambas partes, la monarquía hispánica y el papado, dentro

* Este trabajo se ha llevado a cabo dentro del proyecto «Minorías conversas a fines de la Edad Media, entre la integración social y el nacimiento de la Inquisición española» (HAR2015-63510-P), financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

1. El tamaño de la bibliografía borgiana supera ampliamente las posibilidades de esta sede, por lo que me limitaré a remitir a la recopilación de la obra de Miquel BATLLORI, *La familia Borja*, Valencia, Tres i Quatre, 1994; y a dos extensas y documentadas monografías que han abordado más recientemente ambos pontificados borgianos: Miguel NAVARRO SORNÍ, *Alfonso de Borja, Papa Calixto III: En la perspectiva de sus relaciones con Alfonso el Magnánimo*, Valencia, Institució Alfons el Magnànim, 2005; Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI y los Reyes Católicos: Relaciones político-eclesiásticas (1492-1503)*, Roma, Edizioni Università della Santa Croce, 2005.

de una coyuntura internacional inestable, marcada por las intervenciones militares francesas de 1494 y 1499 que convirtieron Italia y la curia romana en el centro de toda suerte de maniobras políticas. Hasta la muerte del papa en 1503, los vínculos entre ambos dirigentes evolucionaron desde una sólida alianza inicial frente a las pretensiones de Carlos VIII hasta un progresivo distanciamiento y la ruptura materializada en los últimos años del pontificado. El punto de inflexión, en el año 1498, lo marcó la secularización de César Borja y el inicio de su carrera como hombre de armas, bajo los auspicios del nuevo rey de Francia, Luis XII, en vísperas de la segunda invasión de Italia.

La fortuna de los Borja tuvo su origen en el entorno de la monarquía de Alfonso el Magnánimo, durante la primera mitad del siglo xv, porque a pesar del posterior empeño en dotar al linaje de rancia prosapia, sin la Universidad de Lérida, la Cancillería Real, la conquista de Nápoles y la enrevesada política eclesiástica de este monarca, no hubieran dejado de ser una desconocida familia de caballeros rurales. Primero como consejero del rey y luego como obispo de Mallorca y Valencia, Alfonso de Borja fue una «criatura» del Magnánimo, un miembro de la clientela regia en la que durante veinticinco años fue ascendiendo hasta los puestos más destacados. El grupo cobró cierta autonomía política en 1444 a raíz del nombramiento cardenalicio de Alfonso de Borja, quien, todavía a la sombra de su regio patrón, comenzó a articular una clientela política propia a partir de la institución de las *familiae* cardenalicias.² Roma y Valencia, la curia y el obispado, se convirtieron en los dos pilares sobre los que comenzaba a levantarse un proyecto propio que reunía personal eclesiástico y laico traído del Nápoles aragonés y que estaba vinculado estrechamente, como el propio cardenal, a la obra política del Magnánimo, con otro más bien ajeno a ella, venido directamente desde Valencia, a cuya cabeza se colocaron inmediatamente los miembros de la parentela borgiana.

Una década más tarde, en 1455, la elección de Alfonso de Borja como papa Calixto III dio lugar, con toda propiedad, al nacimiento de un sistema clientelar plenamente autónomo que se basaba en el control de un volumen creciente de rentas eclesiásticas. El vínculo originario con la Corona no se disolvió, pero fue convirtiéndose de manera progresiva en motivo de enojo para ambas partes, cada vez más distanciadas en sus intereses inmediatos y objetivos finales. Las palabras supuestamente pronunciadas por el papa al saber la muerte del Magnánimo en 1458 no dejan dudas acerca de cómo habían evolucionado las relaciones entre ambos:

2. Sobre los orígenes del nepotismo cardenalicio, Agostino PARAVICINI BAGLIANI, *Cardinali di Curia e «familiae» cardinalizie dal 1227 al 1254*, Padua, Antenore, 1972; y de forma más sintética, subrayando las similitudes con las prácticas nepotistas pontificias, Sandro CAROCCI, *Il nepotismo nel medioevo: Papi, cardinali e famiglie nobili*, Roma, Viella, 1999.

«S'ha trencat el dogall i ara nosaltres quedem lliures».³ Un momento de alivio efímero, porque Calixto III apenas sobrevivió un mes a su antiguo patrón, y tanto sus sobrinos como el resto de parientes y servidores, los aborrecidos *catalani* que componían la familia pontificia y la clientela borgiana, vivieron en Roma momentos de auténtica zozobra.⁴

El proyecto no murió con Alfonso de Borja. Aupado a la dirección del clan por su carácter audaz y una buena dosis de fortuna, su sobrino Rodrigo de Borja, a quien Calixto había hecho cardenal y vicescanciller de la Iglesia, pasó a convertirse con veintisiete años en el reconstructor del partido familiar en la sede romana. Pero el vínculo con la Corona sí quedó roto. Durante los años sesenta y setenta del siglo xv, los Borja y sus colaboradores actuaron de manera independiente respecto a una monarquía que, durante el reinado de Juan II de Aragón, se vio acosada por graves conflictos internos.⁵ Con el respaldo económico y humano de las instituciones eclesiásticas valencianas, que tenía bajo su directo control, y de la propia sociedad valenciana, en particular de unos grupos medios urbanos que aprovecharon con entusiasmo aquella oportunidad de ascenso social y económico, la familia Borja utilizó los resortes que le ofrecían sus posiciones en Roma para acumular rentas y cargos eclesiásticos, sobre todo en los territorios de la Corona de Aragón, aunque también en Castilla e Italia. Cuando Rodrigo de Borja llevó a cabo su legación en España entre 1472 y 1473, lo hizo con todos los atributos de un príncipe de la Iglesia, y tanto Juan II como su hijo Fernando hubieron de tratar con el sobrino de un antiguo servidor de la Corona que ahora se había convertido prácticamente en un igual.

El apoyo del cardenal a la causa isabelina, a la que aportaba la sanción pontificia del matrimonio con el heredero de Aragón, marcó el inicio de las relaciones entre el Borja y los Reyes Católicos, unas relaciones en las que las afinidades políticas traían de la mano intereses familiares y clientelares de naturaleza más bien crematística. La legación vino a escenificar el reencuentro entre la monarquía y sus súbditos de la curia, que ahora se postulaban como valedores de los intereses de aquella ante la Santa Sede,⁶ pero también reforzó las posiciones del propio Rodri-

3. Alan RYDER, *Alfonso el Magnánimo, rey de Aragón, Nápoles y Sicilia (1396-1458)*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1992, p. 514.

4. Ludwig VON PASTOR, *Storia dei papi dalla fine del Medio Evo*, vol. 1, *Storia dei papi nel periodo del Rinascimento (Martino V, Eugenio IV, Niccolò V, Calisto III) fino all'elezione di Pio II*, Roma, Desclée, 1958, p. 769-775.

5. Un momento significativo en la desconexión entre ambos poderes lo encontramos en la exención de la diócesis de Valencia respecto a la jurisdicción del metropolitano de Tarragona, concedida en 1470 a Rodrigo de Borja por el papa Pablo II; María M. CÁRCCEL ORTÍ, «Las bulas para la erección de la sede metropolitana de Valencia (1492)», *Anales Valencinos*, n.º 36 (1992), p. 207-285.

6. José M.ª CRUSELLES GÓMEZ, «El cardenal Rodrigo de Borja, los curiales romanos y la política eclesiástica de Fernando II de Aragón», en Ernest BELENGUER CEBRIÀ (dir.), *De la unió de coronas*

go de Borja en Roma, cosa que aceleró la absorción de rentas eclesiásticas por cuenta del sistema clientelar que encabezaba, lo que condujo a sucesivos desencuentros con la monarquía que, sin poner en peligro de manera inmediata la colaboración entre ambas partes, fueron alimentando un trasfondo de mutua desconfianza. Al fin y al cabo, en lo que tocaba a las instituciones eclesiásticas, los reyes y el cardenal defendían intereses antagónicos.⁷ Juan II y, a partir de 1479, su heredero Fernando II hubieron de disputar a sus súbditos de la curia romana cada cargo y casi cada beneficio eclesiástico, grande o pequeño, a lo largo de negociaciones prolongadas y a menudo frustrantes, trabadas no solo con los dirigentes del clan Borja, sino también con los miembros secundarios e incluso insignificantes del grupo. A veces, hasta con los colaboradores directos de la monarquía, sus propios representantes en la corte pontificia y embajadores en Roma, que con relativa facilidad sucumbían a las pingües retribuciones que ponía a su alcance la proximidad a las instancias burocráticas curiales.⁸

Durante una década larga —la que media entre el ascenso de Fernando II al trono aragonés (1479) y el de Rodrigo de Borja al solio de San Pedro (1492)— el principio de beneficio mutuo consolidó las relaciones entre la Corona y los Borja. Una política de *do ut des*, como la definió en su día Miquel Batllori, que equiparaba a las dos partes y las obligaba a redefinir sus objetivos particulares para adaptarlos a un acuerdo que resultaba en última instancia insoslayable. El rey necesitaba del concurso de Rodrigo de Borja y de los demás curiales del grupo para avanzar en la construcción de una Iglesia nacional «reformada» y sujeta a la autoridad de la monarquía. Por su parte, los curiales no podían eludir la aprobación regia si pretendían recabar los beneficios que su posición les proporcionaba y que se tradu-

al Imperio de Carlos V: Congreso Internacional (Barcelona, 21-23 febrero 2000), vol. I, Barcelona 2001, p. 253-279. La promesa de la princesa Isabel de procurar el «bien e acreçentamiento» del cardenal, así como el compromiso de tratar con su intermediación los asuntos de la Corona en la curia pontificia, prefiguraban nitidamente la evolución posterior de las relaciones entre ambas partes: Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ y Carmen MANSO PORTO (ed.), *Isabel la Católica en la Real Academia de la Historia*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2004, p. 64-65; Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 232.

7. Las disputas mantenidas en los últimos años del reinado de Juan II por la provisión de las sedes episcopales de Segorbe, Pamplona, Vic, Mesina, Zaragoza y Tarazona marcan los límites de aquella renovada amistad con los curiales catalanoaragoneses de Roma: Tarsicio de AZCONA, *La elección y reforma del episcopado español en tiempos de los Reyes Católicos*, Madrid, CSIC, 1960, p. 90-105.

8. Es el caso del cardenal Ausiàs Despuig disputando el arzobispado de Zaragoza a un Juan II para quien supuestamente actuaba como embajador en Roma, pero también de los desencuentros entre Fernando II y sus representantes López de Carvajal y Ruiz de Medina; en José M.^a CRUSELLES GÓMEZ, «El cardenal Rodrigo de Borja...», p. 262-265, pueden encontrarse estos y otros conflictos particulares que conocemos a través de la documentación de la Cancillería catalanoaragonesa recopilada por Antonio de la TORRE, *Documentos sobre las relaciones internacionales de los Reyes Católicos*, Barcelona, CSIC, 1949-1966, 6 v.

cían en oportunidades de promoción y enriquecimiento en el país de origen, donde la monarquía era el principal árbitro del éxito social. Sobre estos principios, las relaciones entre el rey y el cardenal alcanzaron momentos de estrecha complicidad, de feliz conspiración incluso, como podemos comprobar en el episodio de la provisión del obispado de Monreale,⁹ una dignidad que la reina Isabel había prometido al cardenal Pedro de Foix a cambio de su ayuda en la negociación del matrimonio del infante Juan con Catalina de Navarra.¹⁰ Sin embargo, los planes de Fernando eran diferentes, o bien se adaptaron a las circunstancias para obtener provecho del interés que Rodrigo demostraba en este asunto. Las pretensiones borgianas se impusieron finalmente y Pedro de Foix hubo de conformarse con el obispado de Palermo. Para encubrir su propia responsabilidad, Fernando se refugió bajo el paraguas de las decisiones pontificias, contando para ello con los buenos oficios del vicescanciller. Así lo exponía con toda franqueza el monarca, en los primeros días de 1484, a uno de sus agentes en Roma, el cardenal gerundense Joan Margarit:

Y sobre todo cumple que la provisión que se hará de Palermo en persona del dicho cardenal, nuestro sobrino (Pedro de Foix), no se sienta ni procurador ni embajador nuestro, ni otra persona alguna, que de aquí ha ydo el concierto, ni que en ello sabemos nada, sino que de allá el Papa ha proveydo como de suyo y saquado este espediente sin sabiduría nuestra. Ni menos la presente vea ninguno, sino el dicho cardenal vicescanciller, el qual de nuestra parte vos hablará sobrel mismo negocio. Y desta manera será proveydo a todo, e Nos saldremos de la obligación en que somos al dicho cardenal de Foix, y se satisfará a lo quel dicho cardenal vicescanciller dessea.¹¹

9. Las negociaciones en torno al obispado siciliano de Monreale, vacante a finales de 1483, que Rodrigo de Borja deseaba para su sobrino Joan de Borja y que Fernando estaba dispuesto a conceder a cambio de que el cardenal obtuviera del papa Sixto IV una bula que diera el Maestrazgo de Montesa a Felipe de Aragón, sobrino del rey, quedaron integradas en el contexto del viaje a España de Pere Lluís de Borja, primogénito de Rodrigo, y el inicio de las negociaciones para la compraventa del ducado de Gandía: José M.^a CRUSELLES GÓMEZ, «El cardenal Rodrigo de Borja...», p. 266-267.

10. Luis SUÁREZ FERNÁNDEZ, *Fernando el Católico y Navarra: El proceso de incorporación del reino a la Corona de España*, Madrid, Rialp, 1985, p. 110-111.

11. En anotación autógrafa al final de la carta, el monarca insistía: «Muy encarecidamente vos ruego que esta negociación sea muy secreta y parezca que sale de allá y no de aquí; y del embajador se guarde esto más que de nadie. De mi mano» (Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 2, p. 13-14). El embajador que debía quedar fuera de la intriga era probablemente Gonzalo de Beteta, a quien el monarca escribía pocos días antes, el 30 de diciembre de 1483, sobre otros asuntos de política eclesiástica (Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 1, p. 380-383) y que falleció en Roma el siguiente 27 de marzo de 1484, según señala José M.^a NIETO SORIA, «La nación española de Roma y la embajada del comendador santiagouista Gonzalo de Beteta (1484)», *Anuario de Estudios Medievales*, n.º 28 (1998), p. 113.

La creación del ducado borgiano de Gandía fue uno de los frutos más duraderos de esta relación, pues, aunque algunos autores remontan su origen a los tiempos de la legación del cardenal en España, se materializó dentro de las complejas negociaciones que sobre política eclesiástica se llevaron a cabo durante la década de los años ochenta, y no se resolvió completamente hasta los primeros años del pontificado del Borja, ya en el difícil contexto de la invasión francesa de Italia.

El reverso de esta política de beneficio mutuo, y ambas partes tenían plena conciencia de ello, eran los esfuerzos —denodados a veces, atemperados las más— que tanto el monarca como el cardenal hacían para limitar o retrasar en lo posible la materialización efectiva de las ganancias obtenidas por la otra parte en el proceso negociador. Algo comprensible, pues los beneficios alcanzados por el otro representaban las más de las veces pérdidas propias, y también porque un triunfo incompleto o diferido incrementaba la necesidad que el uno tenía de la colaboración y de la amistad del otro, y suponía una carta valiosa en los tratos interminables entre ambos. Eran habituales las quejas del monarca acerca de las dilaciones que la curia imponía a la tramitación de los acuerdos y las concesiones en materia eclesiástica, algunos de los cuales no llegaban siquiera a materializarse a causa de la resistencia inopinada de actores que en principio parecían meros subalternos, o que incluso estaban ganados para la causa por los buenos oficios del vicescanciller, pero cuya negativa final a ceder una renta o permutar un beneficio arruinaba larguísimas y alambicadas negociaciones. En otros casos, el motivo de la decepción regia era el tenor imperfecto de una bula o un breve que, obtenidos al cabo de prolongadas discusiones y aún más dilatados procedimientos burocráticos, venían a satisfacer las expectativas solo de manera limitada, y a veces en nada absolutamente.

De nuevo, el caso de Monreale resulta un buen ejemplo de estas dificultades sobrevenidas. Otorgada ya la sede episcopal a los Borja en perjuicio del cardenal Pedro de Foix, Fernando se sorprendía al comprobar que las contrapartidas que había obtenido no eran las esperadas, y comunicaba su contrariedad a Rodrigo de Borja en los términos siguientes:

[...] nos ha seydo mostrada la nómina de los beneficios renunciados al ilustre e reverendíssimo cardenal de Foix, en compensa del dicho arçobispado; e segund havemos visto en el dicho memorial, hay tantas diversidades de beneficios deramados y tantos menudos y de poco valor, que en alguna manera no nos han contentado. Ca lo que por parte de vuestra reverendíssima paternidat nos fue ofrecido, era que la suma de los xxx mil solidos de renta serían dados al dicho cardenal en pocos beneficios y de grueso valor; e visto sale por el contrario, nos desplaze mucho y en manera alguna no deliberaremos dar lugar a ello, sino que sea por vuestra reverendíssima paternidat reparado, dando al dicho ilustre e reverendíssimo cardenal una pebordría en Valencia u otro beneficio o dignidad que suba a la suma de los beneficios que en Castilla haveys senyalado. [...]

Por tanto, faga y cumplalo vuestra reverendíssima paterditat, pues así nos fue por su parte offrecido, porque otramente havríamos en fazer sobrello lo que no querríamos.¹²

Del mismo modo, los asuntos familiares del vicescanciller en la corte real mostraban cierta enojosa tendencia a demorarse más de la cuenta, lo que el monarca solía achacar a la necesidad de que las cosas se hicieran bien:

Lo de Gandía, pues por cartas particulares del dicho don Luys de Borja y de sus procuradores le será scripto, no curaremos dezirle más, salvo que todo se faze como cumple; y si en ello hay alguna dilación, sea cierta vuestra reverendíssima paternidat lo causa querer bien asegurar la compra al dicho don Luys, de manera que, lo que se le venderá, lo pueda tener y posseer sin ningún empacho ni recelo para él ni a sus successores.¹³

Solo una vez jugó Fernando la baza última y sin duda arriesgada de romper la negociación, y fue en 1484, como consecuencia del intento de Rodrigo de hacerse con el arzobispado de Sevilla. El primogénito del cardenal, Pere Lluís, que se había trasladado a la corte real como parte de las negociaciones de Gandía, fue inmediatamente encarcelado y se cursó orden de secuestrar los bienes de la familia en Valencia y Sicilia. En los meses siguientes, la correspondencia diplomática cruzada con Roma vertió toda suerte de acusaciones e improperios sobre el cardenal, y el monarca se jactaba del escarmiento que tenía pensado hacer en su persona. Rodrigo intentó contrarrestar la avalancha recurriendo al favor del nuevo papa Inocencio VIII, cuya elección había apoyado de manera decisiva, pero las amenazas de perder los avances obtenidos en asuntos tan sensibles como la Inquisición, la bula de cruzada y los diezmos, no arredraron a Fernando, que se sabía en posesión de una mano ganadora: el propio hijo del vicescanciller.¹⁴

Las aguas volvieron a su cauce a lo largo del año 1485, después de que Rodrigo renunciara a Sevilla.¹⁵ Pere Lluís fue liberado y la correspondencia con el monarca se reanudó en los términos acostumbrados de intercambio de favores. Consciente, sin embargo, de lo débil que era su posición mientras su hijo estuviera en España, Rodrigo le hizo volver a Roma en cuanto estuvo ultimada la compra de Gandía y la transferencia del título ducal. En adelante, los conflictos de intereses en torno a la provisión de cargos eclesiásticos fueron asumidos por ambas partes como par-

12. Antonio de la Torre, *Documentos...*, vol. 2, p. 46-47.

13. Antonio de la Torre, *Documentos...*, vol. 2, p. 60-61.

14. José M.^a Cruseles Gómez, «El cardenal Rodrigo de Borja...», p. 270-273.

15. Álvaro Fernández de Córdova Miralles, *Alejandro VI...*, p. 250-252, reconstruye con detalle las maniobras llevadas a cabo en Roma por Inocencio VIII para zanjar el conflicto y ganar el favor de los monarcas hispanos, haciendo renunciar al Borja a la sede sevillana.

te inevitable de una relación necesaria, y nunca como una justificación para romperla. Sin embargo, las complicidades anteriores se atemperaron; el tratamiento que había sido casi fraterno se tornó más formalista y los reproches del monarca nunca llegaron a desaparecer de la correspondencia diplomática, llena de denuncias y advertencias sobre las maniobras que el Borja y sus familiares llevaban a cabo en la curia para apoderarse de toda suerte de cargos y beneficios. En particular, Fernando obstaculizaba la promoción eclesiástica de César Borja, que tras adquirir Gandía era uno de los principales empeños de Rodrigo, y también resultó el escollo más difícil de salvar en aquel periodo de normalización de las relaciones.¹⁶

El monarca aragonés no fue un partidario entusiasta de la candidatura del vicescanciller al solio de San Pedro, ni al parecer recibió la elección con demasiadas muestras de alegría.¹⁷ Del mismo modo, el segundo papa Borja se aplicó desde el primer momento en reafirmar su independencia política respecto a la Corona. Pero ambos debieron ser plenamente conscientes de que algo fundamental había cambiado en sus relaciones, que debían reorganizarse ahora en un nivel superior al de la mera negociación de rentas eclesiásticas para abarcar sus respectivos intereses políticos y dinásticos en el teatro de la diplomacia internacional, y particularmente en el escenario italiano.

La elección pontificia de agosto de 1492 encontró a Fernando negociando el tratado con Carlos VIII de Francia que devolvería a la Corona de Aragón los condados de Rosellón y Cerdeña, enajenados por Juan II en los primeros compases de la Guerra Civil catalana. Este acuerdo iba a causar de manera indirecta serias dificultades al nuevo papa, porque aseguraba la neutralidad de los reyes españoles en vísperas de la invasión francesa de Italia. Sabedor de las consecuencias que tendría el pacto, Fernando se convirtió, entre finales de 1492 y principios de 1495, en el gran valedor de la paz en el Mediterráneo. Tras el Tratado de Barcelona, firmado en enero de 1493, suscribió otros de diferente calado con Génova, Saboya y

16. José M.^a CRUSELLES GÓMEZ, «El cardenal Rodrigo de Borja...», p. 275-276.

17. Las noticias del regio desagrado que, recogidas posteriormente por tantos autores, han pasado a formar parte del canon histórico borgiano, tienen su origen en el epistolario de Pedro Mártir de Anglería, humanista y diplomático milanés de la corte de los Reyes Católicos que al parecer fue corregido por el propio autor antes de su publicación en 1530, de manera que el texto final se adaptó, no al juicio que los hechos merecieron en su momento, sino a otro más tardío e inspirado por sucesos posteriores. Esta es la opinión de Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 269-270, quien considera probable que la obra de Anglería «contaminara» las crónicas de Alonso de Santa Cruz y Jerónimo Zurita. Aunque tan conspicuas influencias proporcionan una relevancia aún mayor a las manipulaciones de Anglería, este caso de «anticipación» no es único en la historiografía borgiana. En la anotación marginal del libro de exámenes de la universidad de Bolonia que da cuenta del nombramiento cardenalicio de Rodrigo de Borja, su elección como papa y posterior deceso, intervinieron cuatro manos diferentes en otros tantos momentos, y cabe sospechar que la conocida sentencia conclusiva, *et sepultus in inferno*, fuera añadida con bastante posterioridad a los hechos (Archivio di Stato di Bolonia, *Studio*, 126, f. 95).

Venecia, incluso con el sultán de Túnez, cuya finalidad declarada era poner coto al corsarismo, devolver los galeotes a sus casas y resarcirse mutuamente de los daños causados a las mercancías. El monarca llegó a ordenar la desmovilización de las flotillas de Bernat Vilamarí y Francesc de Pau, sus recursos navales más valiosos en aquel momento.¹⁸ Tanto esfuerzo pacificador le ganó los encendidos elogios del rey de Nápoles, a los que Fernando respondía con diplomática modestia que no había hecho sino lo que «qualquier príncipe cathólico de suyo en semejante caso lo debe fazer».¹⁹ Ya que Ferrante se encontraba entre los más perjudicados por un acuerdo que dejaba al francés las manos libres en Italia, sus cumplidos podrían resultar paradójicos si no incluyeran de manera apenas velada un recordatorio acerca de los compromisos del rey de Aragón con sus parientes napolitanos.

En esta coyuntura diplomática que precedió de manera inmediata a la invasión de Italia, se retomaron las negociaciones sobre el ducado de Gandía, interrumpidas tras la repentina muerte de Pere Lluís de Borja en el verano de 1488. Es difícil saber cómo pudo afectar a este hecho la firma del tratado con el rey de Francia, pero no cabe duda de que los reyes españoles, ahora formalmente neutrales, habían comenzado a tejer un plan para dificultar los proyectos italianos de Carlos VIII, y el primer requisito era estrechar las complicidades políticas con el papa Borja.²⁰ Si el traspaso de Gandía a Juan, hermanastro del difunto Pere Lluís, incluyendo su matrimonio con María Enríquez, pariente consanguínea de Fernando, había quedado en suspenso durante más de cinco años, es difícil pensar que su reactivación a principios de 1493 resultara una mera coincidencia, y no parte de una maniobra diplomática para conjurar las peores consecuencias del Tratado de Barcelona. Tengamos en cuenta que, finalmente, el rey de Aragón dispuso a su almirante Bernat Vilamarí del requerimiento de desarmar su escuadra de galeras para que pudiera ponerla al servicio del papa en el traslado a Barcelona del futuro duque de Gandía, y que Alejandro aprovechó la ocasión para hacerse también con los servicios de la flotilla de Francí de Pau. Por esta vía indirecta de las motivaciones dinásticas del pontífice, los principales corsarios catalanes del Mediterráneo occidental soslayaban las consecuencias de la política de pacificación de la que su monarca

18. Véase la carta remitida el 6 de enero de 1493 al *Comune* de Génova, y las de 6 de marzo de 1493 dirigidas a Bernat Vilamarí y a Joan Dusay, lugarteniente de Cerdeña (Antonio de la Torre, *Documentos...*, vol. 4, p. 106-109 y 132-134).

19. Antonio de la Torre, *Documentos...*, vol. 4, p. 349.

20. Mientras, la diplomacia fernandina se deshacía en halagos ante Carlos VIII, hasta el punto de poner a su disposición sus valiosas influencias en la curia pontificia, prometiéndole incluso la devolución de las reliquias de San Luis de Anjou depositadas en la catedral de Valencia tras el asalto a Marsella de 1423, para lo que Fernando llegó a ordenar a sus embajadores en Roma que recabaran el consentimiento del papa y del arzobispo César Borja (Antonio de la Torre, *Documentos...*, vol. 4, p. 298-299 y 308-310).

hacía gala y, reconvertidos en capitanes de guerra a soldada del pontífice, se acercaban todavía más al teatro de operaciones italiano.²¹

Algunos autores han calificado de ambigua, cuando no abiertamente profrancesa, la actitud diplomática del papa Borja, considerando su adhesión en abril de 1493 a la alianza francomilanesa, así como el matrimonio de su hija Lucrecia con Giovanni Sforza, señor de Pesaro y pariente del hombre fuerte de Milán, Ludovico el Moro. Ninguno de estos hechos entorpeció, sin embargo, los preparativos del viaje de Joan de Borja a Barcelona, que se llevaban a cabo por las mismas fechas,²² ni deslucieron la solemne embajada de López de Haro, que tuvo lugar en Roma durante el verano de 1493. Esta misión diplomática tenía la finalidad expresa de declarar al nuevo pontífice la obediencia de los reyes hispanos, pero sirvió sobre todo para cerrar la alianza entre estos, Alejandro VI y Ferrante de Nápoles, ultimada en el mes de agosto de ese año, casi al mismo tiempo que caían en saco roto las peticiones del rey de Francia para que el papa le otorgara la investidura del reino partenopeo. La transmisión del ducado de Gandía y la alianza matrimonial de los Borjas con ambas dinastías aragonesas, española y napolitana, fueron parte decisiva del acuerdo, como también las concesiones hechas por el papa a las reiteradas peticiones de Fernando en los asuntos tocantes a la concesión de cargos y beneficios eclesiásticos, la reforma de los conventos, e incluso las bulas relativas a la navegación atlántica y los derechos sobre las tierras de ultramar.

A finales de 1493, los artífices del acuerdo de Roma podían mostrarse satisfechos de sus logros e intercambiar felicitaciones. Frente a los proyectos italianos del rey de Francia, habían levantado un «muro de contención» sólidamente asegurado por la monarquía española que se convertía en «fundamento de la estabilidad italiana».²³ Fernando había conseguido rizar el rizo: a cambio de los condados catalanes aseguraba al francés su neutralidad en la proyectada invasión de Italia, pero estrechaba al mismo tiempo sus alianzas en la Península para obstaculizar los planes de Carlos y, tal vez, obligarle a reconsiderarlos. Bien podía afirmar, como hizo en contestación a la mencionada carta del rey Ferrante de Nápoles que le procla-

21. En las instrucciones que el papa dio a su hijo Joan se especificaba que, tras desembarcar en Barcelona, debía retener a Francí de Pau en su servicio, y que debía remitirlo con sus galeras a Roma si la estancia en Barcelona se prolongaba más de un mes, utilizando otros medios para desplazarse hasta Valencia. Esto permite pensar que el viaje del duque no era el motivo último por el que Alejandro VI había contratado los servicios del corsario: José SANCHIS SIVERA, «El cardenal Rodrigo de Borja en Valencia», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, n.º 84 (1924), p. 83 y 91.

22. Las galeras de Francí de Pau, con Joan de Borja a bordo, zarparon de Roma el 2 de agosto de 1493 y llegaron a Barcelona el siguiente día 24: Roque CHABÁS, «Alejandro VI y el duque de Gandía», *El Archivo*, n.º 7 (1893), p. 88.

23. Las expresiones entrecomilladas son de Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 297-298, que hace un detallado análisis de las negociaciones.

maba paladín de la paz, que había servido a la obra de Dios, «por ser Dios tan servido en pacificar todas guerras, males y discordias».²⁴

Alejandro VI también había hecho una contribución importante a la causa de la paz, que era entonces la de quienes se sentían amenazados por las intenciones del rey de Francia y pretendían disuadirle de emprender aventuras inciertas en Italia. Sus acercamientos a Milán en 1493 pueden interpretarse como intentos de proporcionar a Ludovico Sforza un contexto de seguridad que le permitiera replantear su política filofrancesa. Asimismo, su negativa a anular el matrimonio del rey de Hungría con Beatriz de Nápoles, hija de Ferrante, obraba en el mismo sentido de evitar el fortalecimiento del bloque francés.²⁵ Por otro lado, si cabía considerar al monarca español como la figura más destacada del partido de la paz, la curia romana era el ámbito diplomático que la había hecho posible, y el papa, el eje en torno al cual debía girar cualquier acuerdo. Ambos, Fernando y Alejandro, apoyados en una complicidad política que había logrado superar las viejas rencillas e intereses antagónicos mediante alambicadas aunque a la postre fructíferas negociaciones, se habían convertido en los verdaderos árbitros del equilibrio político italiano, los restauradores de la Paz de Lodi.

La realidad, cobrando forma de tren de artillería francés, los sacó pronto de aquellas ensoñaciones pacifistas y dio al traste con una solemne *pax fernandina* que había durado poco más de seis meses. Muerto Ferrante de Nápoles a principios de 1494, el papa hubo de decantarse abiertamente en la cuestión de la investidura del reino, y lo hizo en favor de la dinastía aragonesa y de los pactos suscritos el verano anterior con los reyes hispanos. A partir de aquí, la guerra solo necesitaba encontrar una justificación diplomática *ad hoc*, y este era el papel que desde hacía tiempo correspondía a los turcos. Poco antes, en el Tratado de Barcelona, Carlos VIII había expresado su determinada voluntad de combatir la expansión otomana, que era según su diplomacia la finalidad última de los planes de intervención en Italia, territorio que había mostrado una preocupante debilidad frente al islam diez años antes, cuando los turcos llegaron a tomar Otranto. Iniciada la invasión, Carlos seguía alegando ante los enviados del papa que sus intenciones no eran otras que atravesar de forma pacífica los estados de la Iglesia para hacer la guerra al turco. En respuesta, y ante la inminente llegada del ejército francés a Roma, Alejandro mostraba su inmejorable disposición a promover una gran liga cristiana contra el islam, lo que en su opinión debía hacer que el monarca desistiera de su particular empeño, retirara las tropas de Italia y esperara la llamada a las armas del pontífice.²⁶

24. Ver la nota 19.

25. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 283.

26. Raphaël CARRASCO, *La famille Borgia: Histoire et légende*, Montpellier, Presses Universitaires de la Méditerranée, 2013, p. 125.

El pretexto turco servía a todas las partes implicadas en el conflicto, incluyendo al rey de Aragón, que a partir de abril de 1494 exhortaba a las autoridades de sus reinos marítimos a disponer el armamento de naves destinadas a proteger las costas de un creciente peligro musulmán, que justificaba asimismo la anulación de todas las licencias de exportación de caballos desde Sicilia.²⁷ En una de las cartas remitidas al gobernador de Mallorca, datada a finales del mes de noviembre de 1494, Fernando se extendía un poco más en sus explicaciones, relacionando ambos conflictos. Así, las «revoluciones y turbaciones» que se vivían en Italia eran extremadamente peligrosas «por la sospecha que se tiene de dar entrada a turcos, enemigos de nuestra fe cathólica».²⁸ La amenaza era de tales dimensiones que en el mes de marzo anterior el monarca había pedido al papa que diera libertad a las flotillas de Bernat Vilamarí y Francí de Pau, porque desde que ambos se encontraban en Roma los musulmanes habían redoblado sus ataques contra las costas de Cerdeña, Sicilia, Mallorca, Cataluña y Valencia, «porque no hay quien les resista».²⁹ Sin embargo, el verano no debió resultar tan conflictivo cuando Fernando decidió atender las peticiones del embajador tunecino respecto a los abusos cometidos por sus vasallos en las costas de Berbería, y le permitía luego viajar libremente con su séquito por cualquier parte de sus reinos.³⁰ En todo caso, el peligro musulmán no pareció afectar a los envíos de cereales desde Sicilia a Roma, operación para la que el rey otorgaba licencias especiales, a petición del pontífice, a finales del mes de septiembre.³¹ Y a finales de noviembre, con los franceses a las puertas, Vilamarí no se encontraba persiguiendo turcos por el Mediterráneo, sino con sus galeras en Roma, desde donde seguía remitiendo informes al monarca.³²

Los reyes españoles habían conseguido mantener durante bastante más tiempo que Alejandro VI su neutralidad formal ante la intervención francesa en Italia,

27. Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 4, p. 440, 457, 475-477 y 505-509; cartas remitidas a los lugartenientes generales de Cataluña y Mallorca, gobernador y jurados de Valencia, y virreyes de Sicilia y Cerdeña, entre los meses de abril y agosto de 1494.

28. Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 4, p. 558.

29. El monarca adjuntaba otra carta escrita en la misma fecha para el propio Vilamarí, a quien agradecía que hubiera acudido a defender Cerdeña movido por sus sospechas de que iban a producirse ataques sarracenos, y le pedía que, obtenida licencia del papa, se ocupara de patrullar las costas durante el verano siguiente: Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 4, p. 416-417.

30. A finales de agosto de 1494, el monarca hacía publicar un edicto que prohibía a sus vasallos apresar musulmanes en los puertos de Berbería atrayéndolos con engaños a sus barcos. De manera más concreta, ordenaba al virrey de Sicilia que procediera contra dos corsarios locales que habían apresado una nave de musulmanes partida del puerto de Bugía, donde ambos cristianos se encontraban fondeados «con seguro del dicho rey de Bugía»; en la acción, habían llegado a dar muerte a algunos moros y luego habían obtenido rescate por los demás, algo que el monarca consideraba «es fea cosa y de muy mal exemplo»: Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 4, p.528-532.

31. Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 4, p. 535-536.

32. Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 4, p. 559.

atados como estaban por los acuerdos previos con Carlos VIII. Sin embargo, las espadas estaban en alto. En febrero de 1494, Fernando se negaba a publicar en sus reinos un llamamiento remitido por el rey de Francia que convocaba a los caballeros hispánicos a una justa que debía celebrarse durante el siguiente mes de mayo en Rouen, y lo hacía alegando, como no, que necesitaba a su gente para la guerra que de inmediato pensaba reemprender contra los musulmanes.³³ Con todo, en junio seguía calificando a Carlos de «fratris et confederati nostri carissimi», y ordenaba cesar cualquier represalia entre sus súbditos y los del francés.³⁴ En septiembre fueron desoídos los ya perentorios requerimientos del papa para que los monarcas hispanos aliviaran la situación de Italia atacando el sur de Francia.³⁵ Por fidelidad a la palabra empeñada o por temor a un choque abierto con la maquinaria militar francesa, Fernando continuó sus preparativos navales mientras Carlos VIII comenzaba la invasión de Italia, derrotaba con relativa facilidad a los ejércitos napolitanos y pontificios, y rendía ciudades a su paso.³⁶ En tales circunstancias, los esfuerzos de los diplomáticos hispanos para trabar en Italia una alianza que forzara la retirada francesa estaban condenados de antemano al fracaso, y así pudieron comprobarlo cuando la propuesta fue presentada al senado veneciano.³⁷ La ruptura se retrasó hasta que pudo constatarse que la caída de Nápoles era inevitable: fue entonces cuando Fernando activó la cláusula del Tratado de Barcelona que antepone la defensa del papa a cualquier otra consideración, y sobre todo puso en juego su propio derecho al trono de Nápoles. En febrero de 1495, perdida la capital partenopea y definitivamente roto el pacto con el rey de Francia, el aragonés comenzó a desplegar los recursos militares disponibles: la flota de Galceran de Requesens y las tropas de Gonzalo Fernández de Córdoba, que de momento se limitaron a reforzar Sicilia, ocupar las plazas cedidas en Calabria por el nuevo rey de Nápoles, Ferrante II, y mantenerse a la expectativa.

33. Era en esa guerra y no en simples juegos «donde todos los caballeros y fidalgos que tuvieren desseo y voluntad de ganar honra, la podrán ganar en servicio de Dios y su alteza»: Antonio de la Torre, *Documentos...*, vol. 4, p. 402.

34. Antonio de la Torre, *Documentos...*, vol. 4, p. 468-471.

35. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 316 y 319-320.

36. Guicciardini se hace eco de la fuerte impresión que causó en Italia la irrupción de la nueva artillería francesa, cuya movilidad era casi tan temible como su potencia de fuego: «Ma i francezi, fabricando pezzi molto piú espediti né d'altro che di bronzo, i quali chiamavano cannoni, e usando palle di ferro, dove prima di prietra e senza comparazione piú grosse e di peso gravissimo s'usavano, gli conducevano in sulle carrette, tirate non da buoi, come in Italia si acostumava, ma da cavalli, con agilità tale d'uomini e di instrumenti deputati a questo servizio che quasi sempre al pari degli eserciti camminavano, e condotte alle muraglie erano piantate con prestezza incredibile [...] usando ancora questo piú tosto diabolico che umano instrumento non meno alla campagna che a combattere le terre»: Francesco GUICCIARDINI, *Storia d'Italia*, vol. 1 (ed.) de S. Seidel Menchi, Turín, Giulio Einaudi, 1971, p. 84-85.

37. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 321-322.

La paradoja de que la conquista francesa de Nápoles terminara facilitando los esfuerzos diplomáticos por construir una alianza antifrancesa en Italia es solo aparente. Quienes habían utilizado a Carlos VIII para fortalecer sus propias ambiciones políticas, como Ludovico Sforza, convertido formalmente en duque de Milán a finales de 1494, y quienes no se atrevieron a oponerse o, como la señoría de Venecia, temieron que Nápoles acabara en manos de los reyes de España veían ahora con mayor preocupación que los franceses pudieran quedarse definitivamente en la Península.³⁸ Por su parte, Alejandro VI se encontraba en aquellos momentos en una posición demasiado débil para intervenir activamente en una negociación que incluía actores que hasta entonces le habían sido abiertamente hostiles, y mientras aún se encontraba en Roma al alcance de las previsibles represalias de Carlos VIII. Su participación, sin embargo, resultaba imprescindible, y los aliados no cejaron en su empeño hasta conseguirla.³⁹ Luego, cuando el paso ya estaba dado y su adhesión a la causa italoespañola consumada, la mayor preocupación de Alejandro consistió en apartarse del camino de regreso del rey de Francia, que salió de Nápoles el 20 de mayo de 1495 y pasó por Roma en los primeros días de junio sin conseguir entrevistarse con el pontífice, que había procurado poner tierra por medio.⁴⁰

No parece que Carlos VIII diera en algún momento credibilidad al manido pretexto de que la liga que ahora reunía a las potencias italianas y a los reyes de España tuviera por objeto hacer la guerra al turco, y precipitó su regreso a Francia poniendo fin a una aventura italiana cuya explicación última parece ser todavía objeto de discusión.⁴¹ Sin embargo, las secuelas de la *calata* no habían hecho más que comenzar. Las derrotas de los aliados en Seminara y Fornovo en junio y julio de 1495, respectivamente, daban cuenta de la naturaleza temible del ejército francés, incluso cuando se encontraba dividido y en retirada. La inestabilidad política, extendida por doquier, afectaba a la práctica totalidad de los estados que, de una forma u otra, habían intervenido en una guerra que, en vez de tocar a su fin,

38. El Moro había calculado que la invasión francesa, a la que había contribuido activamente, reforzaría su posición en Milán, sospechosa de ilegitimidad, pero el rápido triunfo francés avivaba también las reclamaciones de la propia dinastía Valois sobre el ducado: Raphaël CARRASCO, *La famille Borgia...*, p. 131.

39. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 333.

40. Ya en retirada hacia el norte de Italia con buena parte de su ejército, Carlos VIII continuaba solicitando al papa una entrevista personal para tratar, otra vez, sobre la guerra contra los turcos. Hasta el último momento, el monarca francés intentó obtener del pontífice la investidura de Nápoles, y las ofertas de sus embajadores alcanzaron cifras más que respetables, según señala Pastor. Alejandro VI contestó abandonando Roma para refugiarse primero en Orvieto y luego en Perugia (Ludwig VAN PASTOR, *Storia dei papi...*, p. 409-412), y declaraba estar dispuesto a proseguir viaje hasta Ancona y la misma Venecia si Carlos continuaba empeñado en ir tras él (Raphaël CARRASCO, *La famille Borgia...*, p. 131).

41. Raphaël CARRASCO, *La famille Borgia...*, p. 123.

se diluía en conflictos locales de baja o no tan baja intensidad. El más importante, sin duda, el que enfrentaba a los aliados con las tropas francesas que aún ocupaban plazas importantes en Roma y Nápoles, incluyendo la propia capital del reino. En los dominios de la Iglesia parecía inevitable el enfrentamiento entre los barones romanos que habían colaborado con los franceses y el papa Borja, a quien movían a partes iguales el ansia de venganza y el deseo de aprovechar la oportunidad para hacerse con el control directo de una parte importante del territorio, consolidando por esta vía el proyecto dinástico de la familia en Italia. Por otro lado, y aunque Fernando había procurado retrasarla en la medida de lo posible, la guerra se extendió a los condados catalanes de Rosellón y Cerdeña, activándose por fin aquel segundo frente que el papa en vano venía reclamado como remedio inmediato a la invasión. Todavía a finales del mes de junio de 1495, cuando el grueso del ejército francés acababa apenas de pasar por Roma camino de los Apeninos y de su encuentro final en Fornovo con las tropas de la liga, Alejandro reiteraba de manera apremiante sus demandas; y en agosto, poco antes de que comenzaran efectivamente las hostilidades al norte de los Pirineos, la cancillería castellana seguía intercambiando correspondencia con la francesa «como si no fuera un país enemigo». ⁴² Los intereses políticos de Fernando II y Alejandro VI seguían coincidiendo, pero no ocurría lo mismo con sus tiempos diplomáticos. Al cabo, sin embargo, la crisis era inevitable: Fernando había roto el Tratado de Barcelona y la guerra en la frontera catalana era consecuencia directa de aquella decisión.

Pasado el peligro inmediato, un Alejandro VI que se había convertido en promotor entusiasta de la Liga Santa tanto en el terreno diplomático como en el militar, abrió su propio frente para expulsar al clan Orsini de las posiciones que había ocupado en los estados pontificios después de traicionar al papa y al rey de Nápoles para pasarse con armas y bagajes al campo francés. ⁴³ Sin embargo, en una coyuntura política en la que el éxito de la alianza contra Carlos VIII dejaba más interrogantes que certezas, de nuevo la muerte del rey de Nápoles, aquel Ferrante II que había ceñido la corona cuando la pérdida del reino era inevitable, dio lugar a otro momento conflictivo entre el pontífice y el monarca aragonés. Este, que había puesto un pie en el reino gracias a las fortalezas cedidas en Calabria por sus desesperados parientes napolitanos, vio llegado el momento de hacer valer su propio derecho al trono napolitano, que siempre había considerado de superior rango al de la rama bastarda del Magnánimo. Pero ni Gonzalo Fernández de Córdoba, ocupado en reducir los restos del ejército francés, ni el embajador de Fernando en

42. AURORA LADERO GALÁN, «La frontera de Perpiñán. Nuevos datos sobre la primera guerra del Rosellón (1495-1499)», *En la España Medieval*, n.º 27 (2004), p. 227.

43. ÁLVARO FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 339-342.

Nápoles, el valenciano Joan Ram Escrivà, estuvieron muy despiertos a la hora de defender la candidatura de su soberano, ni tampoco Alejandro VI se mostró dispuesto a sacar definitivamente de la escena política a la dinastía napolitana para incrementar el poder de los reyes españoles, en perjuicio de un *statu quo* que hasta entonces le había beneficiado. El viejo principio del equilibrio de poderes sancionado décadas antes por la Paz de Lodi, y que la diplomacia fernandina había hecho suyo más recientemente para entorpecer los planes de Carlos VIII, se volvía ahora en contra del aragonés. En ausencia de la amenaza inmediata del ejército francés, que él había contribuido decisivamente a conjurar, el momento de Fernando aún no había llegado. Por ahora tenía que conformarse con el título de Reyes Católicos, otorgado a finales de 1496 a la pareja real española por un papa Borja que se mostraba deseoso de superar el desencuentro respecto al trono de Nápoles y mantener abiertos los canales de negociación.⁴⁴

La Corona y la familia Borja habían discrepado a menudo en sus prioridades políticas, pero a partir de este punto comenzaron a distanciarse también en unos objetivos finales cuya identificación había sentado las bases de aquella política de *do ut des* que por entonces cumplía casi veinticinco años de existencia. Después de la pesadilla que había supuesto la invasión francesa, y siendo plenamente consciente de que el peligro no había cesado en absoluto, Alejandro VI estaba decidido a hacerse por la fuerza con el dominio territorial de los estados pontificios, arrancándolos de las manos de unos feudales que no solamente habían desatendido la defensa de Roma, sino que terminaron apoyando abiertamente a los enemigos del papa. No era esta la guerra de Fernando, que miraba ya hacia el trono de Nápoles y no podía por menos que ver en los barones romanos unos aliados potenciales, o cuanto menos considerar la conveniencia de evitar con ellos un enfrentamiento abierto que más adelante se viera en la obligación de revertir. Estaba dispuesto a colaborar en la recuperación del estratégico puerto de Ostia, todavía en manos de los franceses, pero no iba a permitir que las tropas del Gran Capitán se convirtieran en el brazo armado de los intereses patrimoniales del papa. Lejos de ello, y tras la derrota infringida por los Orsini a las tropas pontificias en enero de 1497, españoles y venecianos negociaron finalmente una reconciliación que Alejandro se vio obligado a aceptar.⁴⁵ Ahora la diplomacia española en Roma retomaba aumentados los antiguos lamentos a cuenta del nepotismo pontificio y la escandalosa liberalidad que el papa demostraba para con sus hijos, y particularmente hacia el duque de Gandía, cuya incapacidad militar frente a Bracciano no le había impedido beneficiarse de nuevas concesiones territoriales en Nápoles que eran la prueba fe-

44. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 354-355.

45. El fracaso pontificio ante Bracciano y los términos del acuerdo de paz, en Francesco GUICCIARDINI, *Storia...*, p. 307-311; Ludwig VON PASTOR, *Storia dei papi...*, p. 426-428.

haciente de que el rey Federico había contraído una importante deuda de gratitud con su padre.⁴⁶

En 1497, la situación se complicó más. La muerte, en el espacio de pocos meses, del duque de Gandía y del heredero de los Reyes Católicos puso en un grave aprieto las respectivas políticas dinásticas del papa y de los monarcas hispanos. La amenaza era menos perentoria para los Reyes Católicos, aunque en su caso el problema se vería agravado en los años siguientes con la desaparición de la hija mayor, Isabel, y del hijo de esta, el infante Miguel, lo que dejaba abierto el camino del trono para la segunda hija, Juana, y su marido Felipe de Habsburgo, de tendencias abiertamente filofrancesas. Estos problemas sucesorios inauguraron una etapa de debilidad política de la monarquía hispánica que se vio agravada por la revuelta de los mudéjares granadinos y dificultó la respuesta diplomática a la segunda invasión francesa de Italia.⁴⁷

De manera mucho más inmediata, el asesinato del duque de Gandía dejó a Alejandro VI en una situación desesperada. Era el segundo hijo que perdía prematuramente y el recambio no resultaba evidente, de manera que todo el edificio político y familiar laboriosamente construido en los años anteriores se encontraba en peligro. El pontífice puso en práctica entonces una solución radical y sin duda imaginativa, un verdadero golpe de efecto que iba a provocar sorpresa y aversión a partes iguales: la secularización del cardenal César Borja, el hijo destinado a la Iglesia, cuya reconversión como príncipe laico y jefe militar comportaría cambios fundamentales en las alianzas políticas del papa y ahondaría la brecha que ya comenzaba a separarle del rey Fernando. Si la sucesión napolitana y la hostilidad de Alejandro contra los barones romanos eran los motivos profundos del distanciamiento político entre ambos, fueron las extrañas consecuencias de la desaparición del duque de Gandía las que terminaron haciéndolo insalvable.

Desaparecidos sus hermanos Pere Lluís y Joan, que habían sido los encargados de situar a la familia entre los grandes de la tierra, César creyó llegado el momento de tomar en sus manos la estrategia de reconversión de los ingresos eclesiásticos en estados principescos. Alejandro había dado un gran paso adelante con la creación del ducado borgiano de Gandía, aunque este quedara necesariamente a la sombra de la monarquía hispánica. Los avances siguientes debían hacerse en Italia. En 1496, el pontífice, que por otro lado no deseaba revivir la experiencia del encarcelamiento de su primogénito en 1484, había conseguido vencer las dilaciones de Fernando y traer de vuelta a Roma a su hijo Joan, sustituto del desaparecido Pere Lluís en la dignidad ducal valenciana. Pero el objetivo del viaje no era solamente

46. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 362-364.

47. Ernest BELENGUER CEBRIÀ, *Fernando el Católico, un monarca decisivo en las encrucijadas de su época*, Barcelona, Península, 1999, p. 269-273.

apartarlo de la corte hispánica. Apenas regresado, Joan fue puesto por su padre al frente de la ofensiva militar contra los Orsini, el primer paso en los planes de construcción de un principado borgiano dentro del patrimonio de la Iglesia. Sus escasas dotes militares contribuyeron en poco al éxito de tales designios, pero fue la aparición de su cadáver en el Tíber, pocos meses después, lo que vino a poner en grave riesgo toda la operación.

No parece que en un primer momento Alejandro VI considerara que César era una opción viable, consciente de la hostilidad que provocaría su renuncia al cardenalato. La diferencia de edad con Jofre, el otro hijo varón superviviente, debió pesar en la decisión final, pero menos quizás que la resolución del propio César, dispuesto a hacerse cargo personalmente de su propio futuro y de la dirección del clan.⁴⁸ Su irrupción en la escena política italiana supuso, además de un quebradero de cabeza para los poderes que tradicionalmente se la repartían, un relevo generacional en el grupo borgiano, que a partir de entonces y hasta la muerte del pontífice en 1503 adoleció de una cierta bicefalia.

Tomada la decisión de convertir a César en el nuevo centro de la política dinástica familiar, el papa y su hijo dirigieron la mirada hacia Nápoles: el patrimonio que el difunto duque de Gandía había dejado en el reino partenopeo debería pasar a manos de César, quien a su vez contraería matrimonio nada menos que con la primogénita del rey Federico. La primera parte del plan podía tener visos de realidad —aunque se llevara a cabo de manera parcial, como de hecho ocurrió— pero la segunda se adentraba en el mundo de la fantasía, y así lo afirmaba irónicamente el embajador Joan Ram Escrivà en una carta dirigida al rey Fernando.⁴⁹ Federico de Nápoles podía considerarse en deuda con Alejandro VI, que le había allanado el camino al trono, e incluso ver con buenos ojos que la alianza entre ambas familias se tradujera en un segundo enlace matrimonial (en julio de 1498 el de Lucrecia Borja con el duque de Bisceglie, hijo bastardo del difunto Alfonso II, se añadió al que Jofre Borja y Sancha de Aragón habían contraído en 1494), pero su gratitud no llegaba hasta el punto de otorgar a César un puesto de primera fila en la carrera sucesoria. Con todo, y a decir de Zurita, no fue fácil rechazar las pretensiones del Borja, que al ver sus expectativas frustradas abandonó el tono reposado de la diplomacia para dejar paso a otro más colérico. Federico se refugió tras la obediencia

48. La iniciativa habría partido del propio César, que declaraba haber carecido siempre de vocación eclesiástica, y que estaba preparado para aprovechar la desaparición de su hermano y «asumir el proyecto político-familiar truncado»: Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, «Cèsar Borja en el seu context històric: entre el pontificat i la monarquia hispànica», en Maria TOLDRÀ (coord.), *Cèsar Borja cinc-cents anys després (1507-2007): Tres estudis i una antologia*, València, Tres i Quatre, 2009, p. 34-36.

49. Ivan PARISI, «La correspondencia cifrada entre el rey Fernando el Católico y el embajador Joan Escrivà de Romaní i Ram», *Pedralbes*, n.º 24 (2004), p. 104.

que en asuntos dinásticos decía deber al rey de Aragón, lo que habría arrancado al papa la amenaza de llevarle «otra vez» los franceses hasta la puerta.⁵⁰ Pudo tratarse de una mera bravata vertida en el contexto de una negociación fallida, o de una más de las «anticipaciones» que tanto abundan en la leyenda borgiana, pero es un claro indicio de que, cerrada la opción napolitana, Alejandro no tenía muchas más alternativas ante sí. Y en efecto, cuando la construcción del principado borgiano en Italia hubo de pasar necesariamente por la guerra contra los barones que dominaban buena parte del Patrimonio de San Pedro, la alianza con el rey de Francia se convirtió en una baza ganadora.

El acercamiento entre los Borja y la monarquía francesa situó definitivamente a la familia, y en particular a su nueva estrella, el antiguo cardenal de Valencia reconvertido ahora en duque de Valence, entre las filas de los enemigos políticos de Fernando II de Aragón. La ruptura se consumó a finales de 1498, cuando César se trasladó a la corte francesa y el monarca ordenó secuestrar parte de sus rentas eclesiásticas en España.⁵¹ Las particulares relaciones entre el rey Fernando y César Borja nunca habían sido muy fluidas. Era frecuente la renuencia, cuando no la abierta oposición del monarca a su promoción eclesiástica, y aunque no pudo evitar que se convirtiera en arzobispo de Valencia y a la postre en cardenal, nunca había aceptado de buen grado que adquiriera obispados y abadías importantes en sus reinos. Una actitud muy alejada del trato de favor deparado a otros eclesiásticos del entorno borgiano, como el datario Joan Llopis o el sobrino mayor del papa, el cardenal Joan de Borja, y que se asemeja a la particular inquina que Fernando demostró siempre hacia Lluís Joan del Milà, obispo de Lérida y primo carnal del pontífice.

En junio de 1498, la muerte de Gonzalo Ruiz, cubiculario y escribano apostólico, sobrino del tesorero general de la Corona Gabriel Sánchez, contribuyó a tensar las nunca felices relaciones entre Fernando y César. Este había ordenado secuestrar los bienes del difunto y el monarca le acusaba de hacer desaparecer el testamento y otros papeles que favorecían los intereses de los herederos, amenazando con incautar a su vez los bienes y rentas que el hijo del papa tenía en sus reinos.⁵² Pero, en términos mucho más generales, la crisis diplomática entre los Borja y el rey de Aragón resulta también patente, desde finales de 1498, en las negociaciones sobre política eclesiástica. Hasta el mes de octubre de ese año, la correspondencia remitida a Roma por la cancillería catalanoaragonesa para tratar los

50. Jerónimo ZURITA, *Historia del rey Don Fernando el Católico, de las empresas y ligas de Italia*, Zaragoza, 1670, libro III, cap. XXII, f. 141v-142. El papa no desistió inmediatamente de su empeño e intentó, de nuevo sin éxito, recabar la aprobación de Fernando mediante los buenos oficios de fray Bernat Boil: Fidel FITA, «Fray Bernal Boil. Documentos inéditos», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, n.º 20 (1892), p. 160-177; Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 4, p. 62.

51. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, «César Borja...», p. 41.

52. Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 6, p. 85-89.

asuntos relacionados con la reforma de los conventos, los cargos episcopales y los beneficios eclesiásticos en general, se mantuvo en volúmenes similares o incluso superiores a los de años anteriores. Si para el trienio 1495-1497, y según la recopilación realizada por Antonio de la Torre, la producción documental tocante a dichos asuntos se situaba entre los ochenta y los cien documentos anuales, para el año 1498 se redactaron casi ciento cuarenta, aunque ninguno con posterioridad al mes de octubre. Luego vino una drástica reducción: en torno a una veintena de documentos para cada uno de los años 1499, 1500 y 1502, y menos de diez en 1501 y 1503. El cambio de tendencia coincide con una nueva ofensiva de la diplomacia hispánica contra Alejandro VI y los abusos promovidos por su pontificado, un amplio catálogo delictivo que incluía, además de los habituales de nepotismo y simonía, otros achacables más bien a la dejación de sus deberes, como era la negativa a reformar el papado y los obstáculos que interponía a la reforma de los monasterios.⁵³ Un asunto este último particularmente sensible para los monarcas hispanos, pues formaba parte del núcleo duro de su política eclesiástica, y sobre el que Fernando se había prodigado extensamente en la correspondencia diplomática.⁵⁴

Desde el momento en que comenzó en 1499 la segunda invasión francesa de Italia, era inevitable que se produjera un nuevo enfrentamiento con los españoles a cuenta de Nápoles. Pero a la altura de 1500, los Reyes Católicos se encontraban en una delicada coyuntura donde la cuestión sucesoria, cada vez más enredada, coincidía con dos problemas perentorios de carácter militar: la rebelión mudéjar de Granada y los progresos otomanos en las riberas de los mares Jónico y Adriático, que podían comprometer de manera inmediata las costas napolitanas y sicilianas. Así, mientras el rey Luis XII de Francia se apoderaba de Milán y su aliado César Borja emprendía en la Italia central las campañas contra los feudales del Patrimonio de San Pedro, Fernando se vio obligado a buscar el mejor acomodo posible en un escenario político que le resultaba adverso. Como en 1494 ante Carlos VIII, la mejor opción a corto plazo volvía a ser la paz, aunque fuera al precio de aceptar el dominio francés sobre Milán. El Tratado de Granada, que en noviembre

53. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 394-401; Pastor no duda en ningún momento de las intenciones políticas apenas ocultas tras la preocupación de Fernando y sus embajadores por el bien de la Iglesia, ni de que su objetivo final era apartar al pontífice de la alianza con Francia blandiendo el espantajo del concilio (Ludwig VON PASTOR, *Storia dei papi...*, p. 511-512).

54. La frecuencia y la reiteración con que los representantes de los monarcas en Roma presentaban solicitudes relativas a la reforma de los conventos debieron provocar cierta impaciencia en el pontífice hacia finales de 1497, cuando Fernando daba instrucciones a sus embajadores para que prometieran al papa no solicitar nuevas concesiones si se otorgaban las que habían sido hechas con anterioridad, aunque semejante compromiso no debía extenderse de manera expresa al propio rey, quien conservaría las manos libres para seguir cursando peticiones, «que forçado es que pidamos nosotros lo que aquí viéremos que cumple al servicio de Dios; a Su Santidad queda el cargo de otorgar lo que debe en descargo de su conciencia» (Antonio de la TORRE, *Documentos...*, vol. 5, p. 564).

de 1500 sancionaba el reparto del reino de Nápoles entre Fernando II y Luis XII, solo era una manera de ganar tiempo, y en ningún caso una base sólida sobre la que pacificar la Península.⁵⁵ Justificó, sin embargo, que Alejandro, que ahora sí era abiertamente profrancés, decidiera retirar el apoyo que había prestado a la dinastía napolitana pocos años antes y legitimara la ocupación efectiva del territorio por franceses y españoles, so color de que Federico había pactado una vergonzosa alianza con los siempre socorridos turcos.⁵⁶

Fernando II y el papa reverdecían sus complicidades políticas, aunque ahora no tanto en beneficio mutuo como de un tercero, el rey de Francia, convertido en el verdadero árbitro de la situación. La guerra contra la amenaza otomana, que en los últimos años del siglo se cernía realmente sobre los dominios venecianos, dio pie al último momento significativo de genuina colaboración entre Fernando II y Alejandro VI, que se extendió a la renovación de la bula de cruzada en 1501.⁵⁷ Sin embargo, cuando la circunstancial amistad entre el rey de Francia y los monarcas hispanos llegó a su temprano y previsible final en 1502, los Borja quedaron en el campo francés, con César colaborando activamente en la nueva invasión de Nápoles. El pontífice, fallecido en Roma durante el verano de 1503, no pudo proteger a la familia de los cambios políticos que en los meses sucesivos vinieron de la mano de las victorias del Gran Capitán y la definitiva conquista del reino por los españoles. A pesar de la importancia que César había adquirido en los asuntos familiares, la bicefalia no funcionó bien y el clan quedó en la práctica descabezado. La coincidencia de ambos hechos, la muerte de Alejandro y el triunfo de Fernando, hizo que la posición política de César se tornara insostenible a medio plazo, y terminó suponiendo la liquidación de la política dinástica borgiana.

55. Ernest BELENGUER CEBRIÀ, *Fernando el Católico...*, p. 275-277.

56. Álvaro FERNÁNDEZ DE CÓRDOVA MIRALLES, *Alejandro VI...*, p. 535.

57. José M. NIETO SORIA, «La política eclesiástica de los Reyes Católicos durante el pontificado de Alejandro VI», en Paulino IRADIEL y José M.^a CRUSELLES GÓMEZ (COORD.), *De València a Roma a través dels Borja*, Valencia, Generalitat Valenciana, 2006, p. 106-107.